

GÉNESIS

Previo a esta modernidad líquida, el amor a distancia se sostenía con una comunicación de hilos muy frágiles. Primero fueron las cartas, que tardaban semanas o meses en cruzar mares y fronteras; cada sobre guardaba la ansiedad de la espera, y abrirlo era casi un ritual. Después llegó el teléfono, más veloz pero prohibitivo: cada minuto pesaba; cada llamada breve resultaba en una inversión económica y emocional. Y en medio de esas limitaciones apareció la radioafición, con su aire de aventura; voces metálicas que se buscaban entre interferencias, mensajes que se filtraban entre chasquidos, silencios que parecían océanos. Hablar era un acontecimiento: la espera formaba parte del gesto amoroso, y cada palabra que lograba abrirse paso por las ondas llevaba consigo la emoción de lo irrepetible.

Hoy el cariño circula por aplicaciones que prometen immediatez; los mensajes viajan más rápido que un suspiro; las palabras llegan intactas, acompañadas de fotos, audios, videos; la ausencia se disfraza de presencia constante. Pero la abundancia trae su propio veneno: la presión de responder sin demora, el silencio convertido en sospecha, la ansiedad que brota al ver dos tildes azules sin contestación. La distancia se mide en minutos de espera. Antes, el silencio era natural; ahora es casi un reproche. Quizás por eso la nostalgia persiste: en aquellos tiempos, las voces se buscaban como faros en la tormenta; hoy se pierden en un mar de notificaciones que no dejan espacio al respiro.

Mi novia **Marisol** y yo sabemos muy bien de estas cosas. Nuestra relación a distancia data de años y de kilómetros: ella en Oviedo, yo en Castelar.

Por eso hoy pienso en **QSL**, un videojuego que puede resonar con fuerza: una experiencia donde el jugador deberá descifrar fragmentos de voz, seguir un mensaje perdido en el aire de la radioafición que lanza al protagonista a la aventura y exposición en un mundo post apocalíptico a través de las sombras, ya que el sol es el nuevo (pero no único) enemigo; un juego que despertará la antigua necesidad de la búsqueda, donde la recompensa no sea la immediatez, sino la paciencia; donde encontrar al otro exigirá resistir la soledad del silencio y tomar decisiones correctas a cada paso.

Y es que varias fueron las veces que me pregunté qué sería de nuestras vidas, de la de Marisol y de la mía, si el mundo cayera en una pseudo incomunicación, si la humanidad perdiera la vertiginosidad de contacto actual. Simple: recordaríamos que amar, a veces, es saber esperar.